

QUIEN FUI, QUIEN SOY, QUIEN SERÉ.

Estaba en mi habitación preguntándome cómo podía empezar esta historia , cuando caí en la cuenta de que daba igual como empezara, si de todas formas parecería igual de irreal y absurda; pues hasta a mí me lo parece.

Y tiene gracia porque la mayoría de la gente empezaría con una cosa así como: Érase una vez ... En un lejano país ... Pero yo ni siquiera puedo empezar por presentarme pues no sé exactamente quien soy o quien era, que edad tengo o como me llamo.

Así que inventaré la presentación y a partir de ahí comenzaré la historia tal y como la he recibido esta noche (cuando decidí escribirla).

¡Hola! Me llamo "Julia Robledo y tengo 32 años". La noche pasada tuve un sueño increíble del que ojalá no hubiera despertado pues ahora estoy perdida, mientras que en aquel sueño sabía exactamente quien era y que hacía, fue allí donde me ordenaron que escribiera esto.

Después de mucho analizar y pensar, creo que no ha sido un sueño, que ha sido una realidad, mi realidad, pues no recuerdo nada anterior a esto.

Creo que yo nací en Huelva, sí, donde estoy ahora mismo. Era una niña normal y corriente; iba al colegio, jugaba con mis amigas, ... Hasta que cuando cumplí nueve años. Mi tía Sonia me regaló por mi cumpleaños una vela morada metida en un cubo, el cubo poseía, en su parte inferior, un agujero que se hallaba cubierto por una pequeña bola del mundo.

Cuando terminó la fiesta dejé la vela en la estantería y me acosté. Pero no conseguí dormirme, mis ojos se quedaron fijos en ella a pesar de la oscuridad en la que se allaba sumido mi cuarto sólo débilmente iluminado por un tenue resplandor procedente de la luz de la luna que penetraba por las pequeñas hendiduras de la persiana, reflejándose así en la vela de la que mis ojos no conseguían apartarse; hasta que por fin, una gran necesidad de encenderla me invadió de pronto. Me levanté, corrí hacia ella y

teniéndola en mis manos, cogí un mechero que le había quitado a mi hermano el día anterior y lo aproximé a la vela. Lo que ocurrió fue que de aquel contacto surgió una llama verde y la bola del mundo que estaba incrustada en el cubo que portaba la vela comenzó a girar cada vez más rápido, hasta que se paró en un lugar del planeta (del que no logro acordarme), a partir de ahí lo último que recuerdo es que mis pies se separaron del suelo y mi cuerpo se elevó a la vez que el humo de la vela morada parecía mezclado con un polvillo dorado. Ahí, en ese momento, debí perder el conocimiento pues lo siguiente que recuerdo es haberme despertado en lo que parecía ser una habitación antigua. La cama en la que estaba tumbada era, cómo decirlo, como de película, poseía dos grandes cortinas de seda a ambos lados que se dejaban caer hasta un suelo asombrósamente brillante, cuidado y limpio al que daban ganas de pisar; de igual forma estaba rodeada de cientos de cojines, todos diferentes, todos relucientes que me hundían como arenas movedizas en un mar de tranquilidad, de paz ... Poco después descubrí la enorme obra de arte que se alzaba majestuosa sobre mi ensimismada cabeza: en primer lugar un cabecero delicadamente tallado en madera destacaba sobre la impecable pared blanca y un poco más arriba se hacía ver un gran cuadro de lujosa enmarcación en oro brillante reflejando a una mujer realmente guapa y de torso fino y elegante; pero a la vez solo y valiente, sus ojos gritaban auxilio y sus labios encerraban pena. Al mirar a la derecha me di cuenta del enorme ventanal que recorría la pared de extremo a extremo asomándose por él un sol y una vitalidad indescriptibles bajo un extenso paisaje de árboles frondosos.

En aquella esfera de felicidad y bienestar deseé permanecer por siempre jamás. Hasta que fue alterado por una muchachita de piel clara, ojos marrones y toda vestida de blanco, que tras llamar a la puerta penetró en la habitación y destapando la cama en la que me hallaba tendida, me obligó a levantarme y dirigiéndome a la parte delantera de la habitación donde me senté, sin saber por qué, en un taburete delante de un imponente espejo que reflejaba el rostro de una mujer joven. Fue allí,

sentada delante de aquel espejo y con aquella muchacha de expresión cansada y manos frías que cepillaba monótonamente un largo y negro cabello, que resultó ser el mío, cuando me di cuenta que ya no era la niña de nueve años que había celebrado su cumpleaños el día anterior, me percaté de que jamás lo volvería a ser y a la misma vez que recorría con la mano mi cara, observé que mi rostro era el de la mujer del cuadro; pero no setí miedo, pues había pasado de ser una niña de nueve años totalmente feliz a ser una mujer aristocrática de algunos siglos atrás; lo que sentí fue angustia y muchísima soledad. Mis sentimientos se iban mezclando con los de aquella mujer de apenas veintiún años a la que no conocía de nada hasta ese mismo instante que parecía que yo hubiese vivido siempre en esa bonita casa, rodeada de sirvientes e instalada en un pequeño pueblo llamado Fuente la Corcha.

Entonces conocí la cruel historia de esa rica mujer y compartí todas sus angustías, alegrías y penas durante casi más de un año y cuando ya me había acostumbrado a aquella vida apareció la vela en mis aposentos durante la noche y otra vez el deseo de encenderla me invadió y tras prenderle la llama me sentí morir a la misma vez que la bola del mundo giraba y giraba cada vez más deprisa hasta pararse señalando otro lugar del planeta. Así me elevé de nuevo y durante ese tiempo que estuve elevada y consciente, vi mi funeral y a la muchachita joven llorar sobre mi cuerpo mientras sostenía a un bebé de uno o dos días de vida.

Después todo se borró y aparecí, esta vez, en Norte América viviendo la vida de otra mujer. En esta ocasión tenía veintiseis años y era la hija de un importante jefe indio. Del mismo modo apareció la vela y fui trasladada a otro lugar del planeta, esta vez a Moscú y así fui dando vueltas por el globo terráqueo, viviedo y muriendo las vidas de muchas mujeres, estando tan solo con ellas un máximo de dos años y vuelta a enpezar.

Así que cuando estaba en Brasil y apareció de nuevo la maldita vela que arruinaba mis vidas no la encendí, no señor, no quería ir de nuevo a otro lugar. Resistí la tentación de encenderla (que no era paca) y la destruí, sí, la hice trocitos chicos mientras pedía

¡por Dios! una explicación. A la vez, que en mi mente resonaba una y otra vez, como tambores de guerra, la palabra "loca", "loca"... ¿cuántas veces me pregunté y me pregunto si estaba loca o si lo estoy? ¿Puede que todo fuera fruto de mi imaginación? ¿sería un sueño del que estaba a punto de despertar y darme cuenta de que era y había sido siempre la niña de nueve años? Pero no fue así, ni mucho menos, yo ya no tenía nueve años ni pensaba como tal.

Bueno, como os iba diciendo rompí la vela. Nada ocurrió hasta tres horas más tarde que me acosté y tuve el sueño del que al principio os hablaba; pero no era un sueño normal, más bien creo que no fue un sueño, que fue real pues, yo era perfectamente consciente de mis actos y por primera vez en mucho tiempo o quizás en toda mi vida (ya que no sé si la niña de nueve años de Huelva era realmente yo) noté que fui yo, que nadie más influía en mi mente, aunque me sentí aliviada y a la vez vacía; pues nunca había tenido ningún pensamiento ni me había pasado algo sólo a mí sin influencias de nadie, era una sensación muy extraña.

Lo que allí sucedió me dejó totalmente atónita.

Aparecí en una gran estancia que parecía haber soportado durante muchísimo tiempo una inmensa tormenta de nieve ya que era todo de mármol blanco y cristal. De las paredes brotaba un olor intenso a frambuesa entremezclado con polvillo de diversos colores que daban a la estancia un aspecto de profunda irrealidad, era una habitación circular llena de columnas que parecía no acabar nunca; el suelo iba formando anillos desde el más pequeño situado en el centro hasta ... bueno no llegé a ver el último, pues por más que me fijaba siempre había uno detrás más grande que el anterior. Caminé durante no sé cuanto tiempo, pues mis pies parecían no avanzar ya que veía siempre lo mismo y desde la misma perspectiva, parecía que aquella habitación estaba completamente vacía hasta que como por arte de magia los anillos del suelo comenzaron a girar, cada uno en un sentido, cada vez más rápido hasta que los vi alrededor del anillo central sentados en sus lujosas sillas charlando y riendo como si nada malo pasara.

Eran doce espíritus o lo que fueran, del pasado , muchos dioses mitológicos que al verme se pusieron en pie. Uno de ellos alzó la voz y me dijo:

- Bienvenida Helena, te estábamos esperando. Ven,acércate y ponte cómoda, (y apareció a su lado una preciosa silla tallada en plata).

Yo, que no entendía nada de lo que estaba pasando, obedecí y me senté a su lado, en ese momento todos los allí presentes hicieron lo mismo.

Luego continuó hablando aquel espíritu que me había invitado a sentarme. Por el color de su larga barba y las arrugas de su rostro deduje que era el más viejo de todos y, por el respeto que todos mostraban hacía él, debía ser el jefe.

Me contó una historia rarísima, pero que pareció resolver todas mis dudas y aclararme las ideas, descubrí quien era y el por qué de transformarme en mujeres del pasado durante toda mi vida.

Ellos eran los creadores de la vela y por tanto los causantes de que me transformara en todas esas mujeres. Pero lo hacían para protegerme de Dafmar, que era un dios malo que cada cincuenta años, en noches de luna llena cuando todos los astros se alineaban, bajaba a la tierra y concedía una vida maldita a todas las niñas que habían nacido un mes antes de la alineación de dichos astros.

Sus víctimas, al llevar una vida llena de desgracias y penas, acababan volviendose locas y muriendo muy jóvenes. Tras morir, el dios Dafmar les ofrece bañarse en un manantial que hay en los infiernos al que acuden a relajarse las almas de los muertos con el fin de olvidar los sufrimientos pasados y las circunstancias de su anterior vida terrenal. Todos acababan aceptando para aliviar su sufrimiento que quedaba encerrado en el agua del manantial de la cual Dafmar se alimenta. Esos sufrimientos lo mantienen con vida y le dan fuerza para aguantar otros cincuenta años a la espera de otra nueva alineación y vuelta a empezar.

Dafmar lleva haciendo esto miles de años y estos doce espíritus de los que os hablaba intentaban detenerlo pero nunca lo habían conseguido, puesto que escondieran a las víctimas donde las escondieran o hicieran lo que hicieran, Dafmar las acababa encontrando. Hasta que nací yo y nada más nacer me recogieron y probaron a esconderme donde, seguramente, Dafmar no podría encontrarme: en las vidas de anteriores víctimas. Cuando partí la vela deshice el hechizo que me mantenía oculta dando saltos en el tiempo. Pero ya no corría peligro, había estado oculta el tiempo suficiente para que Dafmar se diera por vencido, al menos hasta los próximos cincuenta años.

Pero el concilio de los doce espíritus protectores me mandó escribir esta historia para prevenir a la humanidad del demonio pues ellos no podían protegernos por siempre.

En cuanto a mí, al principio de esta historia os dije que me llamaba Julia y aunque tras escribir esto y recordar el sueño, he descubierto que mi verdadero nombre es Helena. Viviré el resto de mi vida siendo otra persona y me iré a otro lugar lejos de aquí que, por temor a ser encontrada y por mi propia seguridad, no incluiré dichos datos en esta historia.

¡Ah!, antes de despedirme para siempre quisiera deciros que nunca os dejéis influir por nadie; sed siempre vosotros mismos, respetaros y quereros pues sois lo mejor que tenéis.

Recordad, somos lo que queremos ser, nadie nos obliga ni nadie nos puede cambiar, la decisión está en nosotros.

ANA I. FORTES PONCE.
13 años. HUELVA.